

Título: EL PARAÍSO RECOBRADO

Amila, Abah y Najé, tres rosas desvaídas a la orilla del río, hendiendo el agua con sus manos impuras, lavando en la corriente la sombra del pecado, el peso de la culpa por estar vivas.

Amila, Abah y Najé, prematuras rosas marchitas, niñas mujeres que han perdido la risa, mujeres niñas que buscan afanosas, en el espejo del agua, el rostro de la infancia que ya no ha de volver.

Hablan bajito, la voz del miedo fundida en la corriente, sobrevolando apenas las ondas del agua. Hoy han tenido suerte, las custodia el muchacho que está prendado de Najé, que es dulce con Najé cuando la posee, cuando cobra la soldada mercenaria en la carne atribulada de la rosa niña, de la niña flor que ha perdido la prístina luz que emanaba de sus pétalos, ajados y mustios antes del alba de su madurez.

El muchacho las observa unos metros más arriba, sentado en la pendiente que baja hasta el río. Sobre sus piernas cruzadas reposa el kalashnikov que le transmite seguridad, el báculo en el que descansa sus dudas adolescentes. Observa el movimiento de sus cabezas, el cruce de sus miradas, el tenue bisbiseo que escapa de sus bocas, sus secretos menudos de mujeres tempranas.

Fue precisamente a la orilla de un río donde Amila fue raptada. No este río en el que ahora están lavando la ropa de los soldados, sino en el río de su aldea, el río donde abrevaban las reses comunales, diezmadas en la vorágine de la barbarie, requisadas espuriamente, ilegítimo botín de guerra que condenaba al hambre a los pocos ancianos que habían quedado en el poblado, enfermos e incapaces de entender lo que ocurría, de asumir el destino que pudiese aguardarles en los campos de desplazados.

A Abah la secuestraron una tarde mientras acarreaba leña para la cena. Estaba deshaciendo el haz de ramas secas que acababa de depositar en el suelo, cuando llegó el camión, levantando una enorme polvareda del camino. Aún no ha podido olvidar el chirrido de las ruedas al frenar, las voces imperiosas de los soldados, los fusiles apuntando a su madre y a sus hermanos pequeños, la forma en que la subieron a la caja del camión, el culatazo en las manos de su madre, prendida a la máquina infernal que le arrebató a su hija con tanta violencia.

Najé volvía de la escuela cuando la apresaron. Ella tenía un sueño. Había oído hablar de los dispensarios de la madre Teresa de Calcuta, allá en la India, de su vida entregada a la causa de los pobres, a aliviar el sufrimiento de los más desvalidos. Decidió que iba a ser enfermera, que era una bella causa combatir el dolor que atenazaba a la gente, sobre todo a la gente que menos tenía sobre la tierra. Le había confesado sus deseos a la maestra, y ésta la había alentado. Había convencido a sus padres con razones verdaderas: su hija tenía talento, y el beneficio de la práctica de la medicina era algo que cualquiera podía entender, así que habían consentido de buena gana, a pesar del esfuerzo y del quebranto económico que esa determinación les iba a suponer.

Najé tenía un sueño, y los sueños no mueren, acaso languidecen, larvados pero vivos, en un cálido rincón del alma, en el calmo desván donde se apilan las causas imperecederas, el arcón que atesora el acervo indeleble de las cosas que importan.

Llegaron al campamento aterrorizadas, ajenas al destino que les esperaba, al incierto futuro que les aguardaba a este lado del mundo, en este territorio de la intransigencia, donde el hombre era el rey y las mujeres sus esclavas.

Primero fueron los colores, sus atuendos luminosos y vivos: el índigo de Amila, el magenta de Abah, los bellos estampados de Najé quemados en la pira de la libertad impostada, en la hoguera purificadora de la frivolidad de los infieles. Había que desterrar las veleidades, la coquetería femenina, todo aquello que recordase el mundo de fuera, las costumbres individuales, el pensamiento libre.

Ahora primaba la uniformidad, el pensamiento único, de modo que las habían obligado a vestirse con aquellas especies de túnicas grises y aquellos pañuelos que les cubrían la cabeza. Les habían impuesto la tarea de leer los textos sagrados y aprendérselos de memoria: era la criba necesaria para cernir las ideas, al objeto de separar la paja del viejo mundo del grano de la nueva sociedad, del emergente estado que iba a conquistar el mundo.

La mujer se debía al hombre, sí, y a tal fin se sometían cada noche a la lujuria de los soldados, a la rijosa concupiscencia de los guerrilleros de la nueva sociedad.

Estamos aquí de paso. Esta vida de aquí abajo es un paréntesis, un período de transición en el que se nos pone a prueba para ver si somos dignos de alcanzar la otra vida, la vida dichosa del paraíso, el reino luminoso de la miel y el amor, de la paz y las rosas. Morir en este mundo, en esta tierra de infortunio, no tiene más valor que una

pavesa suspendida en el aire, que una seca hojarasca, que una espora en el viento. La muerte es vida si se muere por la doctrina verdadera...

Las muchachas repiten, incansables, las consignas recibidas, la salmodia persistente de la causa salvadora, de la guerra santa por la que habrán de morir. Hablan y no paran, rompiendo el cristal del río, las ondas de jade que generan sus manos bullidoras, prendidas al jabón y a la ropa percutida de los hombres que las protegen, de los hombres que les enseñan, ay, la senda verdadera, el camino recto que conduce a la dicha, al goce venidero como premio a su lealtad.

Algún día no lejano serán las elegidas, y gozarán del privilegio de ver el rostro de Dios. Y esa noche trascendente, la víspera del sacrificio, no tendrán que servir de paga a los soldados, sus cuerpos no serán usados como monedas de trueque. A cambio, se entregarán a repasar el plan de actuación, la comprensión del mecanismo, la conducta a seguir. Luego será el tiempo de la oración callada y, por fin, la arenga última en la boca del líder, la filípica necesaria para infundirles valor, para tratar de que sublimen su heroico acto.

Las tres chicas hablan mientras lavan, se revelan sus más íntimos secretos, sus más hondas preocupaciones, acaso sus aspiraciones últimas, nunca sus dudas, jamás las grietas de una flaqueza, imbuidas como están de la trascendencia de su futura inmolación.

El muchacho del kalashnikov no deja de observarlas. Najé es su preferida. ¿Quién podrá sustituirla en su corazón? Aunque ella lo ignora, antes de Najé, la carne sólo era carne, pero ella ha sabido despertarle la voz que anidaba escondida en algún rincón de su espíritu, la voz que le recuerda que existen las rosas y el ámbar de los cerros cuando huye la tarde derrotada de sombras, el vuelo del halcón y el murmullo del agua, la fresca sinfonía de los arroyos del estío.

El muchacho las mira, y, por un instante, el ser humano que lo habita, la parte más noble que hiberna entre los intersticios de su mente embrutecida, de su mente enajenada, le hace tragar saliva, le arriba un nudo a la garganta, le aflora, a su pesar, dos brillos desbocados en sus ojos de ébano.

El gran día ha llegado por fin y, todavía de noche, las tres niñas han emprendido el camino. Han recuperado el cromatismo en sus atuendos, el variopinto color de la gente

del pueblo. Sus vestidos holgados, plateados de luna, les confieren un halo de siniestra sordidez.

A las 6:30 de la mañana, inadvertidas en la confusión de la hora del desayuno, han penetrado en el campo de desplazados y se han confundido con la multitud.

Ahora, el verde militar y el gris de los hábitos han dado paso al olvidado añil de los sueños, y hay una profusión de azafrán y de rosas, de naranjas y amarillos, de ameabas y arabescos, en una geometría de colores y estampados olvidados hace ya tantos siglos, cuando la vida en sus aldeas era una senda abierta a infinitas posibilidades.

Las niñas han cruzado sus miradas. Hay en sus rostros un velo de tristeza y un punto de prestancia, una estela de altanería que revela, acaso, la grandeza de la idea que atraviesa sus pensamientos como un rayo encendido. Luego se separan y se mezclan entre el gentío: Amila, Abah y Najé, tres rosas ateridas al encuentro de su destino.

Al poco, suena una potente detonación, y un corro de voces, una coral de gritos, un horrible olor a quemado se deja sentir en el campo. Acto seguido, una segunda detonación tiene lugar en otro extremo del recinto.

Najé se estremece, le tiemblan las manos, la grieta de la duda ha hecho aparición, sus sólidas creencias parecen desmoronarse en el segundo final. Abah y Amila han cumplido su parte del pacto, ahora le toca a ella concluir el trabajo, cerrar el triángulo. Y es entonces, en el instante mismo en que iba a pulsar el detonador, que reconoce, en medio del bullicio, a sus padres abrazados a sus hermanos, ese instante en que identifica la sonrisa desdentada de su madre entre el desconcierto de la multitud, que corre despavorida de un lado a otro del campo, y, justo en ese momento, comprende que ha estado equivocada todo este tiempo, que el paraíso está aquí abajo, que aún está a tiempo de agarrar su sueño por las solapas y no dejarlo escapar, su sueño de ser enfermera, de ayudar a salvar vidas, de aliviar el dolor del ser humano, de tratar de aflorar las sonrisas en los rostros de los enfermos, de acarrear la luz allí donde la codicia y la usura, el egoísmo y la intolerancia, sólo proyectan sombras sobre la raza humana.

De modo que separa la mano del detonador y corre con los brazos abiertos hacia donde ha visto a su familia, ignorando la pesada carga que le rodea el cuerpo, sabiendo ya que no habrá nadie que consiga engañarla, que ahora está a salvo de las falsas promesas, del Edén ilusorio, que sólo hay una vida, y ella va a apurarla hasta exprimirla, a pesar de los obstáculos que encuentre en el camino, a pesar de tantas cosas, ay, que tendrá que explicar.